

EL MIEDO A LOS TELEGRAMAS

Mamá había llorado mucho la víspera del domingo. Mis hermanas parecían conocer la razón, pero yo no; y la verdad es que no tenían por qué comunicármela. En ese entonces, con mis seis años de edad, yo no contaba para las confidencias. Sin embargo, sospeché que las lágrimas de mamá tenían que ver con el telegrama que le había traído el cartero en la mañana. Cuando lo leyó, se fue corriendo al dormitorio con el papel apretado contra el pecho. Mis hermanas, que se encontraban haciendo sus tareas, se fueron tras ella. Pero yo no. Yo me quedé sentado, comiendo un par de huevos fritos con un enorme pan lleno de mantequilla y queso. No quería que se me enfriaran los huevos ni el humeante café con leche. Además, tenía miedo de saber lo que decía el telegrama.

Un rato después, entré al dormitorio. Ahí estaba mamá llorando, y mis hermanas diciéndole muchas cosas para tratar de calmarla. Papá estaba muy enfermo y lo traían en avión de

Guanacaste. Mamá parecía inconsolable y yo no me atreví a pedirle permiso para irme con Luisillo a jugar chumicos en el Parque Central. Tuve que resignarme a mi habitual entretenimiento: ver la calle desde el portal.

Estaba triste porque mamá estaba triste. Y más triste de no haber podido acudir a la cita con Luisillo. El mundo me pareció muy feo desde el portal.

A mí me gustaba mucho hablar con don Paco, el policía que vigilaba el barrio desde la esquina de mi casa. Por eso, cuando lo vi llegar me olvidé de la tristeza y me fui a su lado. Don Paco me contó una de esas historias de ladrones que metían miedo; y me habría quedado con él quien sabe cuántas horas si mi hermana Rosa, la mayor, no hubiera venido por mí para que la acompañara a hacer las compras en la pulpería de Chico.

En la tarde, tampoco me dieron permiso para ir al Moderno a ver el siguiente capítulo de Flash Gordon contra Mongo, a pesar de que grité, revolcándome en el mosaico del zaguán como un desesperado. Mi hermana Gina me dio unas buenas cachetadas y yo fui a rumiar mi descontento en el techo de la cocina, junto a Pelusa, la gata vieja.

Cuando fui a acostarme, vi que mamá había salido de su cuarto y ya no lloraba. Entonces, me sentí muy feliz y corrí a abrazarla. Ella me arropó y me dijo cosas bonitas. Me dormí muy contento, pensando que mañana sería domingo e iríamos a La Sabana a esperar a papá.

Yo estaba ansioso de verlo. Mi mono tití se había zafado del encierro que le tenía en el patio, y yo había llorado mucho, porque me hacía falta. Tenía la esperanza de que papá me trajera otro en este viaje. También papá me hacía mucha falta. Desde que él había comprado la finca en Guanacaste, lo veíamos muy poco en casa. Papá era quien me llevaba al la-

guito. Mamá nunca tenía tiempo para mí; se la pasaba cosiendo vestidos para señoras que la visitaban muy a menudo. A veces, esas señoras la regañaban porque los vestidos no estaban listos cuando ellas querían. Y yo las odiaba. Una vez, quise matar a una porque hizo llorar mucho a mamá. Gina, mi hermana menor, me pegó en la boca porque dije que iba a ahorcar a esa vieja bruja.

A mí me gustaba muchísimo viajar en tranvía. Cuando el motorista llevaba el manubrio hasta el extremo del tambor, para darle el máximo de velocidad, todo el tranvía temblaba y las palmeras del Asilo Chapuí parecían correr hacia atrás, y el obelisco del Paseo Colón se nos venía encima. Yo juraba que, cuando grande, sería motorista. A veces se le zafaba el palo del cable eléctrico y tenía que bajarse para acomodarlo en su sitio, dando brinco como un mono. A mí me hacía mucha gracia y me reía y le gritaba como a mi tití, hasta que Gina me daba un pellizco para callarme, porque el motorista me hacía mala cara.

Ese domingo llegamos al llano de La Sabana cuando ya estaba repleto de gente. Señoras con sombrillas de colores, para protegerse del fuerte sol, llevaban a sus niños de la mano. Los hombres, unos en camisa y otros con saco y corbata, paseaban por el llano entre avionetas, sujetas a la tierra con mecates. Estaban los vendedores de copos, mazamorra, granizados y piñas, arrastrando sus carritos pintados. Apenas los vi, me entraron ganas de comprar un granizado; pero mamá no quiso porque se me podía manchar mi traje de marinero. Grité tanto que me compraron una mazamorra, a cambio del granizado. Luego vi un grupo de chiquillos que pateaban una bola y quise irme con ellos; pero Gina me detuvo por el brazo, porque el avión llegaría pronto. Entonces, fuimos todos a pararnos junto al hangar. Poco después, un señor gordo, que estaba junto a mí, señaló hacia el cielo y todos volvimos a ver en esa dirección. Por el paso entre dos montañas, como cayendo de las nubes, venía bajando el pájaro plateado.

Aterrizó por el fondo del llano, dando brincos en el zacate como si se tratara de un autobús de Sabana-Cementerio y, cuando estaba cerca del hangar, todos corrimos hacia él; pero no pudimos pasar más allá de los mecates de protección, que habían sido puestos después del accidente en que la hélice de un avión le partió la cabeza a una señora.

Cuando paró el motor, y la hélice dejó de girar, el guarda quitó el mecate. Yo quería ver a mi papá por las ventanillas redondas del aeroplano, pero la gente me tapaba; hasta que mamá me alzó.

El sol hacía brillar el cuerpo plateado y me lastimaba los ojos y yo sentí que iba a llorar, pero me hice visera con la mano y pude ver al señor Macaya que me saludaba desde la cabina. Papá nos decía siempre que el señor Macaya era el mejor piloto del mundo. Por eso yo dije que, cuando grande, sería piloto como él; después de motorista de tranvía, claro está.

Se abrió la portezuela del aeroplano y pusieron la escalerita, por la que comenzaron a bajar unos hombres con alforjas y sacos, una señora con una canasta de huevos, que apenas cabía por la puerta, un chiquito completamente vomitado y, por fin, mi papá.

Primero lo abrazó mamá, que se puso de nuevo a llorar. Después, mis hermanas. Se veía muy pálido y delgado y vi que le costaba mucho esfuerzo caminar; pero, aun así, me alzó para tirarme al aire, como tanto me gustaba; y después me dio un beso. Hacía mucho calor y papá sudaba a chorros. Se quitó el sombrero y no paró de secarse la frente y el cuello con un pañuelo hasta que llegamos a la parada del tranvía. Ahí le pregunté por el mono y, como me respondiera que no había podido conseguírmelo, me puse muy triste.

Papá estuvo toda la semana en cama. Parece que el clima de la finca lo había afectado mucho. Se quejaba de dolores en

el pecho y en la espalda, y le costaba respirar. Yo siempre había creído que las medicinas de mamá eran milagrosas y que podrían curar a papá. Pero esta vez fallaron; ni la tisana ni la leche con miel y huevos ni las ventosas pudieron aliviarle los dolores. Por fin vino el doctor y, después de examinarlo, puso mala cara y le dijo a mamá que había que mandarlo al Sanatorio Durán, allá en la montaña, cerca del volcán Irazú. Mamá lloró mucho y mis hermanas también y yo no sabía qué hacer; pero el doctor nos prometió que papá regresaría totalmente curado en pocos meses, gracias al aire puro de la montaña y a sus medicinas.

Cuando vino el carro a llevarse a papá al Sanatorio, todos volvimos a llorar. Papá nos sonreía, con una sonrisa triste; y nos calmaba, diciéndonos que regresaría pronto para atender la finca y, esa vez, me traería el mono. Quería consolarnos, seguramente, pero estaba tan triste que se puso a llorar cuando entró al carro. Me tiró un beso y me dijo que yo era su *kadisch*¹. Al decir eso, mamá casi se desmaya.

Todos los domingos mamá iba a visitar a papá, y Rosa se quedaba a cargo de nosotros. Yo quería mucho a mi hermana Rosa; a Gina también, pero no tanto como a Rosa. Siempre me llevaba a sus mandados y yo me peleaba con todos los que le decían *mamita linda* o *manguito*. Era muy bonita, pero *flaquísima*; y yo le decía *fideo*. Seguramente porque la veían tan flaca, y porque papá estaba en el Sanatorio, la gente mala comenzó a murmurar cosas feas de ella. En cambio, Gina era muy gorda. Como tres veces mi hermana Rosa; y yo le decía *gorda mantecosa*, por lo que me ganaba una *cachetada*. Gina tenía la mano demasiado suelta y, cada vez que me pegaba, yo le gritaba una mala palabra y me iba corriendo a refugiarme en el techo.

1. Oración del hijo por el padre difunto.

Al cabo de un año, papá regresó del Sanatorio totalmente curado; pero tan débil, que el doctor le prohibió volver a la finca. Entonces, la vendieron para pagar las curaciones y sostenernos hasta que papá encontrara un trabajo.

Pero pasaba el tiempo y no encontraba qué hacer. La costura de mamá no era suficiente para mantenernos y Rosa tuvo que dejar el colegio para emplearse en una tienda. No volvimos al laguito ni a esperar el avión del señor Macaya y yo tuve que contentarme con los paseos al Parque Central o a la Avenida Central, para ver las vitrinas de las tiendas y contemplar el paso del tranvía.

La casa se había vuelto muy aburrida. Todo el mundo se quejaba; empezando por mamá que terminaba el día con terribles dolores de cintura. Papá estaba siempre de mal humor y gritaba por cualquier cosa y mis hermanas iban a encerrarse a su cuarto y yo me llevaba a Pelusa al techo. Desde mi lugar preferido, veía las montañas y me llegaba el traqueteo de las rotativas de La Prensa Libre.

Yo no podía entender por qué papá no trabajaba. Sus amigos tenían una linda ocupación: vender mercadería a domicilio. Iban de puerta en puerta ofreciendo telas, ropa hecha y un montón de cosas más. Un señor muy fuerte cargaba la valija y, en el fin de semana, ayudaba a cobrar con unas tarjetas donde apuntaba los abonos. A mí me gustaba mucho ese trabajo, porque se podía conocer a muchas personas y no se estaba en un solo lugar, como mamá, que cosía y cosía hasta romperse la cintura.

Al que más envidiaba era a don Abraham, el mejor amigo de papá. Ese señor se ausentaba de su casa durante toda una semana para vender las mercaderías a los campesinos. Recorría a caballo las mismas montañas que yo veía desde el techo, y regresaba tostado por el sol y con mucho dinero; y venía a casa a contarle a papá todas sus aventuras.

Papá había sido teniente de caballería en el ejército polaco y teníamos un retrato suyo colgado en el comedor, en el que posaba con su caballo. Por cierto, cuando mamá se enojaba con él, lo mudaba al cuarto de chunches, como aquella vez que don Abraham le propuso asociarse y papá no aceptó. Yo creo que a él no le gustaba para nada el negocio de la valija.

Por fin, otro amigo lo animó a montar un estudio fotográfico; y eso sí le gustó mucho.

Desde que iniciaron el negocio, papá se recuperó admirablemente. Era un estudio muy pequeño y se especializaba en la reproducción de fotos antiguas y de retratos. Estaba al frente de la Catedral y yo iba muy seguido a visitarlos.

Todo parecía caminar a las mil maravillas hasta que un día, para sorpresa de papá, su socio desapareció con las ganancias y el equipo fotográfico.

Para pagar las deudas, tuvo que pedir dinero prestado a los conocidos que ya eran ricos; pero lo humillaron tanto con reprimendas y consejos que renunció a sus esfuerzos. Hasta que un señor muy bueno, don Carlos, lo ayudó a pagar las deudas.

Entonces, papá se metió en el negocio de la mantequilla y de los quesos, pero fracasó en poco tiempo. Así es que no le quedó más remedio que coger la valija, porque era el negocio en el que se conseguía buen crédito. Y yo me puse muy contento, pensando que podría acompañarlo en su recorrido por San José.

Fue cuando empezaron las clases en las escuelas y yo tenía que entrar a primer grado. Entonces, dejé de pensar en todo lo que pasaba en mi casa. Hasta que llegó el telegrama de Polonia y mamá se desmayó después de leerlo.

La abuela había muerto. Era la mamá de mamá, que siempre nos mandaba regalos, especialmente para los cumpleaños. Hacía un año le había escrito a papá pidiéndole que se regresaran todos a Polonia, porque mamá le había contado que andábamos en apuros. Y, ahora, el telegrama nos anunciaba su muerte. Eso fue un año antes de que los alemanes invadieran Polonia y empezaran el exterminio de los judíos. Así murió el papá de mamá y toda la familia de papá. Pero eso lo supimos cuando terminó la guerra. Las muertes de todos ellos no fueron anunciadas con telegramas. Los alemanes encerraban a los judíos en campos de concentración, los marcaban con números, como si fueran animales, y luego los mataban por millones.

Papá dejó la valija para convertirse en agente de casas comerciales y mamá puso una tienda. Las cosas mejoraron en mi casa y pudimos volver los domingos a La Sabana; pero ya no era igual que antes.

Había desaparecido el laguito y en el comienzo del llano construyeron una terminal aérea muy linda. La gente seguía paseando por el llano, del lado de las avionetas, y se jugaba fútbol. El avión del señor Macaya estaba arrinconado en el viejo hangar, con la hélice quebrada, el fuselaje abierto y las costillas al aire, como un gran pájaro moribundo.

Mis hermanas se casaron. Primero Rosa, en una linda fiesta en el edificio de madera de la sinagoga. Mis padres se gastaron todos sus ahorros en esa fiesta, no solamente para lograr algo digno de mi hermana sino también, y espero no equivocarme, para hacer rabiar a los que decían que era una tísica. En su vestido de novia, mi hermana se veía como una reina. Unos años después se casó Gina y se fue a vivir en el extranjero. Gina ya no era la gorda mantecosa, sino una bella mujer que llamaba la atención en cualquier parte.

Los domingos en La Sabana perdieron el encanto de otros días, cuando papá me llevaba a remar en el laguito, al venir a San José. Hasta quitaron el tranvía para agrandar el Paseo Colón porque la ciudad empezaba a crecer.

No volví a mi refugio en el techo, la vieja Pelusa murió de vieja y sólo me quedó el miedo a los telegramas.